

El Abate Raynal: las máscaras de un pseudo-filósofo ilustrado

Susana Strozzi*

[sstrozzi@cantv.net]

Resumen

Abordar desde América Latina, y en nuestro caso particular desde Venezuela, el tema de la Ilustración y de las obras producidas por los filósofos emblemáticos de la misma, implica encontrar el sentido de sus escritos no sólo en el ámbito de su época sino en lo que vino después: los textos de nuestros historiadores y ensayistas del siglo XIX y buena parte del XX. Así, en el vasto conjunto constituido por la monumental *Histoire Philosophique et Politique des Etablissements & du Commerce des Europeens dans les Deux Indes* (1776-1780) del Abate Raynal, podríamos rastrear la mirada del Otro extranjero en varias referencias a lo que después sería Venezuela (en particular, cuando en el texto se consideran los establecimientos españoles en el Orinoco y en Trinidad y Margarita) con el objeto de captar la imagen que serviría posteriormente no sólo para conformar las lecturas hechas por los europeos sino las efectuadas por los americanos y venezolanos mismos. Desplazando nuestro interés del texto al autor, en cambio, encontramos en la figura del propio Raynal una fuente de apasionante reflexión sobre nuestro presente. Es lo que el artículo se propone mostrar mediante el recurso de ficción utilizado.

Palabras clave: Ilustración. Crisis. Pensamiento

Abstract

The Abbé Raynal: The masks of a pseudo-philosopher of the Enlightenment

From a Latin American, or in this case Venezuelan, perspective, to study the Enlightenment and the works produced by its most renowned philosophers implies looking for the sense in their writings, not only within the context of the epoch, but also in terms of what came later: the texts written by our own historians and essay-writers during the 19th century and a good part of the 20th as well. Thus, we could examine the monumental *Histoire Philosophique et Politique des Etablissements & du Commerce des Européens dans les Deux Indes* (1776-1780) by the Abbé Raynal to follow the trail of the view of the foreign Other in various references to what would later become Venezuela (in particular the Spanish settlements along the Orinoco River and in Trinidad and on the Margarita islands) with the goal of capturing the image that would later be so important in European readings and, more importantly in American and Venezuelan readings. Moving our interest from the text to the author himself, we have found in the philosopher Raynal a fascinating source of reflection concerning our present days. This is what the article intends to show by means of fiction.

Key words: Enlightenment. Crisis. Thought.

Presentación

El texto que sigue no encaja en los lineamientos habituales. Es el testimonio de un reencuentro llevado a cabo con la intención de retomar un proyecto, cuya formulación original comprendía la edición de una selección anotada de la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des europeens dans les deux Indes*, la cual iría acompañada de un estudio crítico preliminar, igualmente a mi cargo como también lo estaba la revisión de la traducción. [1] Esto ocurría en 1991. Fue un año de duro trabajo cuyo trimestre final estuvo dedicado al Abate. Nuestras citas tenían lugar en la vetusta Sala de Lectura de la vieja *Bibliothèque National*, en París.

Por muchas razones, académicas y de las otras, el proyecto quedó archivado hasta que una invitación circunstancial me hizo pensar que había llegado el tiempo de sacudirle el polvo. Entre vacaciones y obligaciones pendientes se produjo mi reencuentro con el Abate. Sin haber podido completar aún la lectura meditada de mis propias fichas, fue dibujándose el esbozo de un análisis cuyas líneas entreveo, y en el cual no es tanto el tema americano, las referencias a lo que después sería nuestro país, las múltiples consideraciones relativas a la historia de las ciencias, de las ideas y de la filosofía política que pueden hacerse sobre ese texto monumental lo que me interroga. Es el enfrentarse con el pensamiento de una ruptura y un pensamiento en ruptura lo que ejerce la mayor atracción. Tal vez porque es lo propio de nuestra condición latinoamericana. De ahí la fascinación -sin renunciar por decirlo a aplicar en él los instrumentos más cortantes del análisis - que emana del propio Guillaume Thomas, nacido en 1713, hijo del señor Raynal, burgués; y de la señorita Catherine de Girels, del vecindario de Lapanouse y perteneciente a la nobleza del *pays*.

Por eso esta conversación [2], que busca en la ficción algo de la verdad de un hombre para confrontarlo con los resultados de un trabajo que todavía no existe y, al rigor de sus objeciones y al calor de sus convicciones, asomarnos a una época que, al fin y al cabo, como ésta que nos ha tocado vivir, fué también el escenario de una crisis.

Una palabra más: el título que propuse es largo de justificar. Baste decir que en el país del psicoanálisis la máscara es lo que intenta velar al ser, constituyéndose donde el

significante es requerido como su sustituto para nombrar al sujeto en relación al otro sexo y al goce.

- Señor Raynal ¿cómo he de presentarlo ante el público? ¿Como filósofo? ¿Como historiador? ¿Como moralista, promotor cultural, o tal vez, hombre de letras?

- Como todo a la vez, si lo prefiere. O como filósofo solamente. Por lo que sé, sólo después de mi muerte adquirió esta palabra una connotación académica y especializada. En mis tiempos era una palabra muy general. Piense en mi amigo Diderot. ¿Cómo lo definiría usted.? Periodista, polígrafo, ensayista? Fue un filósofo, un curioso de la verdad, un “razonadicto”.

- Buena definición. En el fondo, es cierto, todos los ilustrados fueron todas esas cosas, inteligencias versátiles, voraces y dispuestas a arrojar la luz de la crítica sobre todos los misterios, ya fueran auténticos o supuestos. Claro que algunos...me explico: en la actualidad, d'Alembert o Montesquieu obtendrían fácilmente una plaza universitaria, mientras que Ud. y su amigo Diderot tendrían problemas... Pero, veamos: Ud. comenzó poniendo su pluma al servicio de algunos ministros. Sus primeras obras (*l'Histoire de Stathouderat*, 1747 y *l'Histoire du Parlement d'Angleterre*, 1748), han sido calificadas de panfletos destinados a sostener puntos de vista del gabinete de Versailles que, de paso, se mostraba muy amigo de la República en Holanda y enemigo de las libertades públicas en Inglaterra. Convengo que las contradicciones a Ud. nunca parecieron importarle... En todo caso, tenía que asegurarse un medio de vida como escritor ya que su carrera religiosa...

- Por favor, no entremos en intimidades.

- Pero las intimidades sirven para perfilar el personaje. Incluso para que el público actual comprenda por qué Ud., un joven iniciando la treintena, llega a París después de abandonar la Compañía de Jesús...está bien, no hace falta que nos diga por qué lo hizo. Llega a París y empieza a valerse de su pluma vendiendo sermones a colegas menos talentosos. Y conste que no es lo único que vendía: se habla de fuertes sumas obtenidas vendiendo permisos de inhumación para herejes en tierra consagrada; y también de unas misas a precios rebajados que le pasaba el Abate de La Porte, quien a su vez las obtenía del Abate Prévost. Está claro que Ud. no era el único, y si dejó de dar misa y de predicar a causa de su acento meridional, eso no fue un obstáculo para que se hiciera asiduo de los salones donde dicen las malas lenguas que sólo le importaba ser escuchado. Pero hay que reconocer que sí se aplicó en su nueva carrera y que al mismo tiempo que escribía obras por encargo para los políticos, redactaba para la corte de Sajonia-Coburgo las *Nouvelles littéraires*, las mismas que continuadas más tarde por Grimm son una de las fuentes de información más ricas y cautivantes sobre la sociedad del siglo XVIII. También sabemos que fue redactor de *El Mercurio*, que entró a formar parte de la Royal Society de Londres y de la Academia de Ciencias y Bellas Letras de Prusia. En fin, dotado de pensiones y con tantos trabajos lucrativos, Ud. fue bien pronto un personaje. Y como era un avisado hombre de negocios, se enriqueció.

- ¿Acaso me va a preguntar por mis intereses en el comercio de esclavos? ¿O lo dice para tirarme de la lengua? El público siempre ha considerado este reproche como calumnioso.

- De acuerdo, Señor Raynal. Digamos que a su reputación y a su riqueza no le faltaban sino la gloria. Ud. intentó adquirirla componiendo su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des europeens dans les deux Indes*. Largo título el de esa historia .. y aunque Ud. no la escribiera toda, es innegable que la que según Ud. debía ser “una obra de ciencia, una máquina de guerra [y] un instrumento de renombre” fue sobre todo esto último para Ud. ¿O me equivoco?

- Explíquese.

- Quiero decir que para llevar a cabo tan vasta empresa debió recurrir a una legión de colaboradores. Algún crítico de su época llegó a decir que habría sido el fruto de una sociedad de “Philosophes politiques”. Lo cierto es que algunos reivindicaban en voz baja para sí mismos una buena parte del éxito de la obra. Pero otros, que habían contribuido por dinero, tenían buenas razones para no protestar; sin duda, como le pasó a D’Alembert cuando desertó de la Enciclopedia, no querían “quemarse”... y perdone que use un término tan coloquial. Además hubo hombres de Estado, como Choiseul y Necker, diplomáticos, funcionarios como Malouet, y negociantes, como Dutasta, que proporcionaron materiales indispensables...

- Bueno, en cuanto a lo de quemarse...

- Si me permite, después volveremos sobre eso. Ahora me interesan aquellos que pasan por haber redactado fragmentos de la *Histoire*. Eran hombres de letras ¿partidarios desinteresados de la causa filosófica o servidores contratados por el “empresario Raynal”? Acláremelo porque en su mayoría eran enciclopedistas, amigos suyos... Guibert, d’Holbach, Pechmeja... sólo estoy nombrando algunos pocos, y sobre todo Diderot.

- ¡Ah! Diderot...ya sabía yo que Ud. venía por allí. Permítame explicarle algo. “En mi siglo [...] la figura del hombre de cultura, poeta, pintor o filósofo, al servicio de un príncipe, entregado al ocio creativo gracias a un mecenas generoso, y aparentemente en situación de responder sólo ante sí mismo, aunque en el fondo obligado a complacer a quien le pagaba, esta figura, digo, ya no podía existir. Había ya un público burgués, de artesanos, profesionales, pequeños propietarios, comerciantes, un público que sabía leer, que compraba libros, que alimentaba un mercado editorial y ante el cual los escritores tenían que responder. En mi época el escritor decía lo que se podía hacer y se lo decía a un público susceptible de llevarlo a efecto. [Se] ha dicho que la Enciclopedia condujo a la revolución francesa. No sé si condujo a ella pero es innegable que dijo a miles de lectores: He aquí el mundo en que vivís, no el de las fábulas teológicas, sino el de todos los días, y he aquí las herramientas conceptuales y materiales con que el hombre transforma dicho mundo”[3]. ¿Se da cuenta de lo que se trataba? Ni más ni menos que la cuestión del Autor , porque es eso de lo que Ud. está hablando... Hace treinta años fue muy bien planteada por el Señor Foucault; y después he escuchado al Profesor Chartier hablar sobre lo mismo. [4] Francamente, al Señor Foucault a veces no lo entiendo mucho, pero sí me dejó en claro que la función-autor -como él la llamaba-, se

define como sistema de asignación de obras y eso se relaciona con dos cosas muy importantes: 1) la existencia de un mercado, y 2) con la publicación, es decir, con los impresores. Que es precisamente, se lo subrayo, lo que le venía diciendo. Y le puedo contar mucho sobre la Histoire al respecto. Se imprimió por primera vez en París, en 1770, pero el impresor tenía buenas razones para no ponerla en venta públicamente y vendió todos los ejemplares a un librero conocido establecido en Amsterdam. Claro, en Holanda la prensa y las librerías gozaban de una libertad casi total... Al tal librero casi le fallaron los cálculos porque al principio apenas se vendieron algunos ejemplares, pero después el éxito fue rotundo. Y comenzaron las reimpressiones, hasta que en 1774 salió la segunda edición, en La Haya.

- Señor Raynal ¿cómo fue esa historia del retrato?

- Bueno, parece que a Ud. le agrada interrumpirme... Sin duda Ud. debe saber, y con esto volvemos a la cuestión del autor, que desde el siglo XVI se había agregado al objeto- libro la presencia física del autor incorporando su retrato. Se podría decir, como le escuché al Profesor Chartier, que tuvo lugar un pasaje a la representación del individuo. Y eso seguía teniendo plena vigencia en mi época pero, al mismo tiempo, estábamos en una especie de equilibrio inestable, entre los usos y la mentalidad del Antiguo Régimen y la reivindicación de la libertad. Entonces en las dos primeras ediciones conservé el anonimato, pero hice hacer separadamente un grabado con mi retrato que se vendía junto con la obra. Ud. no podría entenderlo... de ahí surgieron los rumores de que yo no era el autor y todos esos libelos que hicieron circular los que estaban celosos de mi éxito. Así llegamos a la “grande edition” de 1780, en Ginebra. Una edición muy cuidada, en diez volúmenes, firmada por mí y con el famoso retrato incorporado. Y mi amigo Diderot, a quien yo había consultado para la primera edición y que había intervenido algo más en la segunda, se aplicó con mucha energía para esta tercera. Se recluyó en el campo y le dedicó tres o cuatro meses al trabajo. Figúrese que él mismo me objetaba en relación a sus largos párrafos anti-católicos y anti-monárquicos: “¿Quién será tan osado como para publicar y reconocer todo esto?” Creía que todos esos encartes, por muy elocuentes que fueran, descomponían un tanto mi obra. Pero yo fui categórico: “...faites toujours ce que je vous demande..dirán que es cuestión de retórica”.

- ¿Dirán? ¿Quiénes?

- ¡Ah! Ahora repite Ud. a mi amigo. Y yo le respondo igual que a él: ¿Quiénes? “Les valets des grands...[pero no se preocupe] conozco un poco mejor que Ud. el gusto del público: serán esas líneas tuyas las que disfrazarán el aburrimiento de mis eternos cálculos ...” . [5] Yo estaba claro en cuanto a los gustos del público pero... el gobierno, que hasta entonces había flotado indeciso entre la tolerancia y el rigor, reaccionó. El 25 de mayo de 1781 mi obra fue denunciada en el Parlamento que ordenó despedazarla y quemarla en el patio del Palacio como impía, blasfema, sediciosa, tendiente a rebelar a los pueblos contra la autoridad soberana y a subvertir los principios fundamentales del orden. ¿Advierte ahora por qué hace unos momentos me llamó la atención su empleo del término “quemarse”? Como si fuera poco, el mismo Parlamento emitió un decreto de “prise de corps” relativo a mi persona.

- Caramba, Señor Raynal...
- No se asuste. Ya le dije antes que estábamos en un equilibrio inestable. Gran parte de los magistrados pensaban como nosotros, de manera que me dieron tiempo para que tomara disposiciones.
- ¿Disposiciones Señor Raynal? Ud. se dio a la fuga...
- Digamos que salí de viaje. Fui a Courbevoire, a casa de un amigo, y después a Spa, a tomar las aguas en compañía del príncipe Henri de Prusia. Pero el clero, aprovechando que la Sorbonne, Ud. sabe... los teólogos de la Facultad, decidieron censurar mi *Histoire*, en fin, empezaron a agitar el ambiente, de modo que después de unos meses muy agradables en Spa y de haber sido muy bien atendido en Lieja, pasé por Bruselas y, finalmente, decidí dirigirme a Berlín. Tenía intenciones de visitar al rey.
- He leído que sus audacias no le habían caído muy bien a Federico.
- Ud. ha leído al Señor Thiébault, sin duda [6]. Es raro, porque nadie lo conoce. Pero es verdad que Postdam solo me ocupó unas pocas jornadas porque la mayor parte del tiempo lo pasé en compañía de los hermanos del rey, los príncipes Henri y Ferdinand. Ya empezaba a añorar mi país y a mis amistades.
- ¿Cómo se las arregló para regresar? Porque entiendo que el gobierno tenía motivos adicionales de disgusto ya que, desde 1780, Ud. lo había estado amenazando con la publicación de un manuscrito suyo, comentado con mucha alharaca por sus amigos.
- Ud. se refiere a la Historia de la Revocación del Edicto de Nantes. Imagínese cómo iba a caerle el tema a un gobierno opresor como el de entonces. Además, yo había formulado un cuestionario dirigido a los protestantes franceses refugiados en Alemania. Esa encuesta no fue del gusto de todo el mundo... En resumen, me dí cuenta que debía esperar un poco más. Entonces me fuí para Suiza. Permanecí un año allí, en Lucerna.
- Lo acusan de haber incurrido en gestos extravagantes que le costaron mucho dinero pero hicieron que todo el mundo hablara de Ud.
- ¿Le parece extravagante haber sufragado un monumento a Guillermo Tell para perpetuar la memoria de los libertadores de Suiza?
- ¿Y la de Guillaume Thomas Raynal, sin duda? ¿O no?
- Se trataba de la libertad, amiga mía. Y de las luces, porque eso que Ud. llama "extravagancias" consistió en donar fondos para dos premios en la Academia de Lyon y otro que debía otorgar la Academia de Berlín en 1785 al autor que propusiera las mejores respuestas a unas preguntas... si quiere puede copiarlas; tal vez interesen a sus colegas [7].

- Señor Raynal ¿Ud. no intentó, además, congraciarse con el clero?
- De ninguna manera. Lo que pasa es que me habían acusado de irreligioso. Entonces quise premiar a la virtud y establecí los fondos correspondientes para dos premios a recaer en dos jóvenes, una católica y otra protestante, que serían elegidas por los responsables religiosos de sus respectivas comunidades.
- Pero Ud. se ocupó de comunicar a los periódicos la lista de sus beneficencias...
- En realidad estaba muy ocupado vendiendo mi *Histoire*, y finalmente me enteré que mi presencia sería tolerada, no en París pero sí al menos en Francia.
- ¿Muchas componendas?
- Una promesa, digamos, de no publicar ese asunto sobre la revocación del Edicto de Nantes... tenía muchos amigos en altas posiciones.
- ¿O sea que Ud., el terrible subversor, fue un hombre del poder?
- Un agente de las luces. Viví con el poder pues quedarse fuera sólo servía para mitigar la mala conciencia [8]. Regresé y me instalé en Toulon, en casa del intendente Malouet.
- Es verdad que ya no quería hablar de su *Histoire*?
- Fíjese que el rey había llamado al gobierno y a ocupar cargos importantes a hombres que yo apreciaba y admiraba: Necker, el arquitecto Paris... En esas circunstancias, era una obra que me parecía fuera de lugar. Había demasiada fermentación en los espíritus. De manera que en un ensayo sobre la administración de Santo Domingo que publiqué en 1785 ajusté algunas ideas acerca del tráfico de esclavos. Y me dediqué a preparar una nueva edición de la *Histoire*. Tenía que mejorar la parte histórica así que tuve mucha relación con exploradores y funcionarios...
- Mme. Necker ha comentado que Ud. los “exprimía”.
- Era una cuestión de entusiasmo. Por otra parte, lo que más me interesaba era la suerte de mis amigos. Era una manera de no ver lo que estaba ocurriendo, pero hacia el final de 1787 empecé a preocuparme seriamente; cada vez que iba a la ciudad [Marsella] no hacía sino escuchar noticias afligentes. Apenas habíamos dado unos pasos hacia la libertad y esas tormentas que se avizoraban podían arruinarlo todo.
- Entonces ¿fue esa desconfianza que le hizo rechazar la propuesta de su nombramiento como diputado a la Asamblea Nacional?
- Fue mi convicción de no poder servir ni al pueblo ni al rey. En cuanto dijera algo diferente a lo que habían leído en mi *Histoire*, el pueblo creería que me había vendido a la Corte; y la Corte siempre vería en mí un enemigo. Por eso alegué razones de edad y los achaques de mi enfermedad. Así que envié una comunicación adjuntando los principios que debían concurrir en el edificio de una nueva constitución y que una mano amiga había extraído de mis obras. Claro que a medida que transcurría ese año me iba

inquietando cada vez más. De modo que me fui preparando para el rol que mi amigo Malouet había compuesto para mí: el de gran moderador entre el rey y la nación.

- ¿Y para cumplirlo decidió trasladarse a París?
- Así es. Porque si me limitaba a escribir desde Marsella los jacobinos del Mediodía (los peores de todos), me iban a masacrar. Convine con Malouet en empezar las negociaciones para obtener el permiso correspondiente.
- Técnicamente Ud. debía ser arrestado en virtud de la condena del Parlamento.
- Gracias a la estrategia diseñada por mis amigos y a unas contribuciones filantrópicas que había hecho el año anterior [1789], finalmente se logró que la misma Asamblea, a pesar de algunas oposiciones, decidiera anular el arresto del 81, sin pedir nada al rey y apoyándose en el artículo X de la Declaración de los Derechos del Hombre.
- ¡Qué triunfo Señor Raynal! ¿Y qué ocurrió cuando finalmente se trasladó a París?
- Me dispuse a cumplir con el papel de moderador escribiendo una Carta de Advertencias a la Asamblea ya que, como decía mi amigo Malouet, si alguien podía contener esta revolución en sus justos límites, ése era yo.
- Pero una vez más se valió de un equipo... ¿No es así, Señor Raynal?
- ¿Llama “equipo” a tres personas? Fuimos Malouet, Clermont-Tonnerre y yo quienes preparamos unos borradores, y fui yo quien mezcló los párrafos sobre el que me pareció mejor.
- Bueno ¿pero qué ocurrió?
- No me lo recuerde. La lectura se produjo en medio de un tumulto. El momento no era el más adecuado, y le doy la razón al Señor Feugère: yo no tenía autoridad para dar consejos de moderación...[9] ¡Tan luego yo!...
- Pero su reputación finalmente lo salvó.
- Si llama salvación a no ser enviado a la guillotina... pero el régimen se encargó de atormentar mi vejez. Yo que había pensado disponer de un apartamento en un sitio tranquilo de París, con vista a un patio o un jardín, eso sí, porque nunca he soportado el bullicio de las calles...siempre he tenido un sueño muy ligero y con los años... Deseaba recibir a mis amigos y disfrutar con ellos un excelente chocolate que tenía encargado. En cambio, como habrá podido comprobar por una carta que dirigí al comisario de policía intentando recuperar mi platería, tuve que establecer mi domicilio en Mons-sur-Orge,... Imagínese...

- Pero casi siempre se encontraba en Montlhéry, en casa de Mme.Sénéchal de Kerkado que pasaba por ser hija suya...
- Le advertí desde un comienzo que no aceptaría intromisiones en mi vida privada.
- Excúseme Señor Raynal; en el mundo actual eso es lo que llama la atención y Ud. mismo ha sostenido que la primera cualidad de un escritor es la de ser leído. Con todo respeto, me hubiera gustado que habláramos de Eliza...[10]
- Ya basta. Sepa que el destino me condenó a vivir y a morir solo. Al final tuve una pequeña satisfacción: ser elegido como miembro del Instituto de Francia que se acababa de fundar. Era 1795, los tiempos del Directorio.
- Y Ud. fue a París...
- Sí. Dos meses después de la elección, y me alojé en Chaillot, en casa de un amigo.

Nota final: se trataba del ciudadano Corsange, jefe de correspondencia del Banco de Francia. Allí murió el 6 de marzo de 1796 a las diez de la noche. Gozaba de una inmensa popularidad.

Bibliografía

BERNARD, François (1775). *Analyse de l'Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes (de G.T.F.Raynal)*. Amsterdam et Paris.

COUDERC, Camille (1934). *Bibliographie historique du Rouergue*, t.IV.

DIECKMANN, Herbert (1951). *Inventaire du Fonds Vandeul et Inédits de Diderot*. Paris, Droz.

DUCHET, M.(1960). "Diderot collaborateur de Raynal. A propos des 'Fragments imprimés' du Fonds Vandeul". *Revue d'Histoire littéraire de la France*, 60: 531-556, Paris.

DUCHET, M.(1961). "Le 'Supplement au voyage de Bougainville' et la collaboration de Diderot à 'L'Histoire des deux Indes' [Abbé Raynal]". *Cahiers de l' Association International des Etudes françaises*, No.13, Juin: 173-187. Paris.

FEUGERE, Anatole (1913). *L'Abbé Raynal et la Revolution Française (Documents inédits)*, Paris, Ernest Leroux Editeur.

FEUGERE, Anatole (1922). *Un précurseur de la Revolution. L'Abbé Raynal (1713-1796)*. Documents inédits (Thèse). Paris, Imp.Ouvrière.

FEUGERE, Anatole (1922). *Bibliographie critique de l'Abbé Raynal (Thèse)*, Paris, Imp.Ouvrière.

FURBANK, P.N. (1994). *Diderot; biografía crítica*. Barcelona, España, Emecé.

MICHAUD. *Biographie Universelle, Ancienne et Moderne*, t.35. Biographie de l'abbé Raynal. Rodez.

WOLPE, Hans (1956). *Raynal et sa machine de guerre*. Paris, Editions Génin.

Notas

* **Susana Strozzi** es Doctora en Ciencias Políticas (Universidad Central de Venezuela) y Licenciada en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires). Investigadora acreditada en el Programa de Promoción del Investigador (Nivel III). Psicoanalista miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Coordinadora de la Línea de Investigación “Psicoanálisis y Ciencias Sociales” en el Doctorado en Ciencias Sociales (UCV) y Directora del Centro de Investigación y Docencia (CID) de la Nueva Escuela Lacaniana del Campo Freudiano-Sede Caracas-Declaración. Ha cumplido pasantías de investigación en Inglaterra (St. Antony’s College, Oxford), en Francia (Centre de Recherches d’Histoire de l’Amérique Latine, Université de Paris I/Panthéon/Sorbonne) y más recientemente en Duke University (Department of Romance Studies). Investiga en un campo transdisciplinario con énfasis en la historia de las ideas y de la ciencia y en la lógica de los discursos. Actualmente desarrolla un proyecto acerca del malestar en la cultura y la civilización contemporánea.

[1] La famosa obra del abate Raynal es citada, a veces, en forma abreviada como *Histoire philosophique & politique de Deux Indes*.

[2] La estructura de la Conversación está tomada de la entrevista imaginaria de U.Eco “Diderot develado”, destinada a servir de prólogo al libro de P.N.Furbank (1994) y cuya traducción fue publicada en el Papel Literario de El Nacional el 3/7/1994. Todo el material correspondiente a Raynal es producto de mi investigación personal, ya mencionada, y proviene de las fuentes citadas en la Bibliografía. Igualmente las cuestiones relacionadas con el tema de qué es un autor y las más específicas acerca de las contribuciones de Diderot a la obra de Raynal.

[3] Todo el párrafo citado está tomado del texto de Eco.

[4] Alusiones al famoso artículo de M. Foucault “Qu'est-ce qu'un auteur?” y a los seminarios de Roger Chartier en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

[5] Este diálogo entre Diderot y Raynal es citado por Dieckmann (1951: 93).

[6] Raynal alude a la publicación de los *Souvenirs* del mencionado autor, publicados en París en 1827 en cuyo tomo III, pp.181-2, aparece la referencia citada que es reproducida por Feugère (1913).

[7] Las preguntas eran las siguientes: “¿Cuáles son los deberes de un historiador y cuáles deben ser sus talentos? ¿Quiénes son los historiadores modernos que han cumplido con el mayor éxito sus obligaciones? ¿Los historiadores modernos tienen que enfrentar menores dificultades que los antiguos?”

[8] La reflexión pertenece a U.Eco.

[9] Raynal se refiere aquí a lo sostenido por Feugère (1913).

[10] Referencia a Eliza Draper, joven inglesa, muerta prematuramente, cuya belleza e inteligencia habían hecho una profunda impresión en el Abate.